

# **IORIO**

**EL PERRO CRISTIANO**

**ARIEL O. TORRES**

# CON RUMBO AL ABRA

## CAPÍTULO I

*Aquello de 'No me banco a las hormigas,  
yo me vuelvo a la ciudad' no es lo mío.*

**Ricardo Iorio, 2005.**

A las seis y cuarto de la mañana del sábado siete de enero de 2006, el interno 612 de la empresa El Cóndor/La Nueva Estrella en el que viajaba arribó a Coronel Suárez. Quince minutos más tarde, un automóvil Renault de color azul se detuvo frente al edificio de la terminal. Ricardo Iorio bajó de su automóvil vestido rigurosamente con unos ajados jeans y una remera negra. Costaba asociar esta imagen tranquila con la personalidad hosca e intransigente que a veces muestra arriba de los escenarios.

Caminaba a mi encuentro cuando una imagen atrapó su atención a un costado.

—¿Qué hacen acá?! —preguntó sorprendido el músico, y sonrió al pasar cerca de dos muchachos y una chica que estaban sentados dentro del bar de la terminal alrededor de una mesa. Unas horas antes, los tres habían estado en la casa de Iorio, cenando y compartiendo algunos vinos con él y su pareja, pero ahora estaban allí.

—¿Todavía despiertos y chupando? ¡Son unos borrachos! —bromeó.

Del otro lado del vidrio los trasnochados jóvenes devolvieron el saludo alzando los vasos.

—Vienen acá, porque este barcito es el único lugar donde venden algún trago a esta hora —me explicó Iorio mientras me saludaba y colocaba mis pertenencias en su auto.

El trámite de saludarme y guardar mi mochila iba a durar sólo unos minutos. En el breve lapso de tiempo que estuvo en la terminal, nadie se acercó para pedirle un autógrafo o sacarse una foto. De hecho, probablemente ninguna de las personas que merodeaban por el lugar, a excepción de sus trasnochados amigos, sabía que aquella persona vestida de colores oscuros tiene la presencia de un toro en los escenarios y es venerado por miles y miles de jóvenes en todo el país.

Definitivamente, había llegado hasta allí para reunirme con un personaje único.

Salimos a la ruta. No era un lindo día en el sur de la provincia de Buenos Aires, a casi seiscientos kilómetros de Capital Federal. Unos nubarrones grises amenazaban con lluvia y envolvían toda la región, dejando al descubierto apenas, a lo lejos, las imponentes faldas de la Sierra de la Ventana; pero agua era lo que la zona necesita-

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

ba, precisamente, aunque el turismo muchas veces reniega de las tormentas. La cosecha no había sido buena el año anterior y la amenaza de la sequía se hacía sentir.

—Pronostican treinta años de sequía para esta región —me explicó Iorio mientras conducía su auto por la ruta provincial 76 con rumbo a...

—¿Adónde vamos, exactamente? —le pregunté.

—Ya te vas a enterar. Las personas lloran cuando vienen a mi casa porque piensan que van a ir a la mansión del Puma Rodríguez en Miami, y se encuentran en cambio con un rancho de cara al sur, de puro macho propiamente, tierra adentro.

Permanecí callado. Esperé que continuara, que dijera algo más. Y lo hizo:

—Yo siempre fui un tipo rural. En 1974 mi viejo me trajo por primera vez a pasear a esa zona —señala un cordón de la Sierra de la Ventana, a lo lejos—, y yo le dije: “Cuando sea grande voy a vivir acá”. Y acá estoy, cumpliendo mi sueño.

Pasaron los minutos. La ruta provincial 76, la misma a la que Iorio le cantó en un disco de Almafuerte, había quedado atrás y ahora nuestro trayecto nos llevaba por un camino de tierra. Entonces detuvimos ambos la mirada sobre el paisaje. Las sierras y el campo eran a un tiempo nuestra contención y nuestra extensión. De pronto, atacado por una especie de impulso, el músico hizo una parada en un lugar desolado. Señaló un cartel al costado del camino que indicaba que muchos años antes allí hubo un asentamiento militar.

—Alguna vez recorrí las ruinas de este lugar y encontré vestigios de la conquista —recordó Iorio, que conoce bastante sobre historia argentina.

Decía el cartel, a modo de referencia histórica:

“El 24 de marzo de 1871, durante la conquista del desierto, el jefe de la frontera Costa Sur, coronel Enrique Spicka fundó aquí la Comandancia Gral. San Martín o Fuerte del Sauce Corto. Oficiales y soldados del Regimiento Gral. Lavalle, y de los batallones N°8 de Infantería de Línea y de Guardias Nacionales ejercieron soberanía en esta zona que fue límite extremo sur de nuestro país durante la década de 1870. El fuerte cubría un área de seis cuerdas cuadradas y contaba con polvorín, hospital, cuarteles, cementerio, proveedurías, negocios, corrales para 10.000 caballos, quintas y una toltería de indios amigos localizados fuera de sus límites, a la vera del arroyo Sauce Corto. Este paraje, declarado ‘Sitio Histórico Municipal’, es el antecedente más antiguo de soberanía nacional existente en el distrito de Coronel Suárez”.

Veinte minutos después arribamos a destino: su casa. Para los que saben valorar las bellezas naturales, con seguridad lo más lindo de la propiedad de Ricardo Iorio es su ubicación; la casa está a orillas de un camino de tierra, y tiene un enorme sembrado de trigo como fondo. Su “barrio” lo conforman su hogar y un almacén de ramos generales. Nada más. El resto es campo y sierras. Campo aquí, allá y a lo lejos también.

Iorio y su pareja, Fernanda, resultaron ser muy buenos anfitriones. Amables, parecían preocupados ante la menor posibilidad de que su invitado no se sintiera cómodo en la casa.

—¿Y tus hijas? —le pregunté al músico.

—Fueron a la casa de la abuela. Están de vacaciones.

Muy lejos de todos los rumores y especulaciones malintencionadas que existen acerca de su vida privada, conversar con Ricardo Iorio en un ambiente de intimidad, sin los ruidos de un concierto, sin custodios ni plomos, seguidores obsecuentes o asistentes obedientes, es decir, hablar fuera del entorno de ensayos y del *backstage*, es sin duda una experiencia atrayente. Entrevistarle en un sitio diferente, intercambiar ideas y opiniones, disentir o acordar, rememorar anécdotas, reír o no de vulgaridades, hablar con él de sus hijas, de sus amigos (vivos o muertos) tira abajo el estereotipo de músico intolerante y duro que a veces podría sugerir a quien lo observa desde afuera. Es difícil imaginar que a veces Iorio dé una imagen tan dura. ¿Hasta dónde esconde esa imagen una gran sensibilidad?

Nos habíamos visto ya varias veces. Sin embargo, las charlas más importantes, las más intensas y significativas para escribir este libro se dieron allí, en su casa. Una casa de estilo sencillo, pero amplia y cómoda, rodeada de terrenos verdes salpicados de árboles recién plantados.

El enorme terreno le permitió a Ricardo construir algunos corrales donde deambulan gansos, gallos y gallinas de toda clase. Hasta palomas tiene. Además, claro, están los “cuidadores” de la casa: Macho y Hembra, una pareja de Pit Bulls con sus correspondientes crías.

Y es blanca; prácticamente toda blanca es la casa de Iorio. El sitio donde pudo cumplir sus sueños de adolescencia irradia ese color, y en él cada adorno está en el lugar preciso. Cualquier persona imaginaría que un rockero como él debe tener decorada su vivienda con gran variedad de guitarras, amplificadores y recuerdos de su prolífica carrera musical. Algo de eso hay en el hogar de Ricardo Iorio, pero es muy poco en realidad, y quizá eso sea lo que más sorprende: quien quiera hallar en la casa de Ricardo las reliquias de V8 o una especie de “museo de Hermética”, saldrá de ella decepcionado. Como dato, uno puede encontrar que el músico conserva todavía, apoyado sobre un mueble del living, un Disco de Oro que obtuvo por las ventas de *Ácido argentino*, el potente tercer disco de Hermética, que reza: “Otorgado a Ricardo Iorio conmemorando que el long play *Ácido argentino* del grupo Hermética alcanzó el galardón de Disco de Oro. Abril de 1994”. Una guitarra criolla, varios CDs, algunas fotos, tres viejos cabezales y un entrañable bafle Ampeg en perfectas condiciones, sellan la conexión entre el hogar de Iorio y el mundo de la música. No hay nada más que lo conecte con él.

En las paredes, las fotos familiares enmarcadas ayudan a escribir su vida privada, lejos de los escenarios, y ayudan a entender: muestran a Iorio retratado junto a sus hijas en vacaciones en diversos lugares del país, compartiendo momentos con ellas, congeladas sus sonrisas. Hay también fotos de Ana Mourín. Historias de amor en la vida del músico.

Iorio se muestra bastante relajado en su hogar, entregado a esa pequeña tranquilidad cotidiana, rara y fugaz; un lejano reducto de aire puro y generosa naturaleza.

—Hay muchos que me preguntan: “Loco, ¿conseguiste la paz?” —comenta Iorio—. ¿Qué paz? La paz está dentro de uno, nada tiene que ver con que uno viva en Palermo Hollywood o acá. Si yo estoy en Palermo Hollywood y no tengo paz, ven-

EL PERRO CRISTIANO - *Ariel Osvaldo Torres*

dré acá y tampoco la voy a tener. Estoy en el campo porque es una manera de sentirme bien conmigo mismo.

Andando a contramano de muchos que viajan desde el interior a la gran ciudad para urbanizarse, después de muchos años de vivir en la ciudad Ricardo decidió cambiar de panorama. Hizo sus valijas, se desprendió de algunas cosas del pasado, y comenzó una nueva aventura, un viaje acaso definitivo. Una verdadera apuesta difícil, sin garantías, allí donde sopla fuerte el viento, según me cuentan mis anfitriones.

Hay algo en Iorio que llama la atención más allá de su voz ronca, y es el modo en que se apasiona contando cómo vino a parar a este lugar. Se emociona a tal punto cuando evoca situaciones de su pasado que es capaz de derramar lágrimas.

—En la Capital ya no se podía estar —me dice—. Al menos no podía estar yo, que no tengo que levantarme todos los días para ir a una fábrica. Como mi vida es más sedentaria, pude cumplir este sueño. Muchos pueden pensar: “Este tipo ahora se aísla”. No, loco. Siempre fui un tipo rural, pero recién ahora tuve la posibilidad de vivir en el campo. Una cosa es vivir en una quinta en Castelar o en Del Viso y otra cosa es vivir acá. Inclusive, muchas veces vine con Anita y las nenas a pasear por la zona y soñé con vivir en esta región. Pero no se dio entonces, se dio ahora. Y no es que estoy viviendo en este lugar porque mi cuñada heredó una estancia. No, estoy acá porque lo soñé desde los doce años.

—¿Es definitiva tu radicación en esta zona rural? —le pregunto.

—No. No es definitiva, porque nunca me apegué a nada. El día de mañana tal vez me dé por echarle cuatrocientos litros de nafta a esta casa, encender todo e irme a las carcajadas, perder todo y empezar una nueva vida en un desierto de San Juan. Estoy cumpliendo mi sueño, sí, pero mis sueños no terminan acá. Mientras siga vivo seguiré teniendo sueños. Porque si un hombre deja de soñar se muere.

Al comienzo de las charlas que tuve con Ricardo Iorio para esta biografía me quedó claro también que su vida registra un acontecimiento de importancia desde el año 2000. No sólo por lo que significó la llegada del nuevo milenio sino también porque en ese año conoció a Fernanda. Ella, del barrio Villa Luzuriaga, partido de La Matanza, conoció a Ricardo por intermedio de un amigo común al que todos conocen como ‘Pajarito’. Los diecinueve años que se llevan de diferencia no son una simple anécdota.

El día gris de aquel encuentro con Iorio en el campo quedaría teñido de cierta atemporalidad en mi memoria. Es como si el tiempo no hubiera pasado en décadas. Dialogar con semejante cerebro, y entrar en contacto con cientos de recuerdos que guarda y que no siempre salen a flote fue muy interesante. Iorio evocaría muchos recuerdos de su infancia en Caseros, de las diferencias y peleas con sus padres, de otras con algunos ex compañeros de ruta; hablaría de las rupturas de V8 y Hermética, de la gente; daría una mirada a sus trabajos en el Mercado del Abasto y el Mercado Central, a Almafuerte, a las tragedias... El barrio Carlos Gardel, Villa Devoto, Caseros, Ramos Mejía, Coronel Suárez. La vida, el paso de los años, las caídas y las resurrecciones.

En este y en los sucesivos encuentros que tuvimos, la memoria de Ricardo Iorio iba a delinear imágenes que se sucedían una a otra como en un video de Almafuer-

te. Era raro. Iorio me entregaba fotografías que no todos los días salen a la luz; las ponía ante mí una tras otra, una y otra vez. Hubo risas y hubo lágrimas hablando sobre situaciones especiales de su vida, compartidas o no con su público, pero bien conocidas por todos. Y su presente.

—¿Sos feliz?

—No lo sé —contestó—. La felicidad no es una cosa que se pueda medir como se puede medir un vaso. Un día soy feliz y otro día no. Soy feliz en lo que me propuse, pero no soy feliz cuando pasan ciertas cosas, como el día en que vino la debacle de De la Rúa, que seguían pasando en la radio las mismas canciones que hablan de historias indecentes, en vez de pasar canciones mías como “Olvidalo y volverá por más”. Esa es mi infelicidad y mi desgracia. Estar ese día escuchando la radio y que nadie haya puesto una canción que hable de esos políticos hijos de puta. O que se inunde Buenos Aires y en la televisión, en las notas, nadie nunca ponga la canción “Las aguas suben turbias esta vez”. Mi desgracia es ver que los mismos intérpretes de siempre recaudan los fondos para los inundados. Esas son las cosas que me hacen decir que no soy feliz. Pero también soy feliz por otro lado. Capaz que en otra vida fui uno de ellos y hoy me toca ser lo que yo soy.

Así comenzó nuestro diálogo para este libro; comenzó un sábado y continuó un domingo, entre relatos, guitarreadas, paseos por las sierras, encuentros con amigos, asados e intercambios de vivencias. Después siguió, en varias ocasiones más, en conversaciones que siempre estaban salpicadas de diversos temas, de pasado, presente y futuro. En ningún caso, Iorio evadió ninguna de las preguntas que le planteé sobre su vida, una vida agitada que comenzó en Ciudadela, y que a partir de aquí el autor de este libro comienza a relatar.

# AYER DESEO, HOY REALIDAD

## CAPÍTULO II

*Cuando yo era niño, agarraba una escoba  
y le cantaba a los conejos y a las aves de  
corral. Y si hoy en día soy un cantor, es  
porque soñé serlo.*

**Ricardo Iorio, 1996.**

Alfredo Iorio, descendiente de sicilianos, y su esposa Elda Pedraza, de ascendencia indígena, recibieron noticias importantes a fines de 1961: su segundo hijo estaba en camino. Quiso el destino que unos meses más tarde, el 25 de junio de 1962, Ricardo Horacio Iorio naciera en el Hospital Profesor Dr. Ramón Carrillo de Ciudadela.

La Argentina atravesaba tiempos complicados cuando Ricardo vino al mundo y el futuro no se mostraba muy alentador. El presidente Arturo Frondizi, elegido por sufragio popular en 1958, fue derrocado por los militares en marzo de 1962; el peronismo estaba proscripto, la devaluación ya causaba estragos entre los argentinos y los enfrentamientos entre los militares eran moneda corriente. Mientras tanto, la música tradicional de Buenos Aires era progresivamente desplazada por nuevas tendencias nacionales e internacionales: el rockanroll importado y la música folklórica le ganaban cada vez más terreno al tango, que años atrás había gozado de un reinado supremo.

El terruño en el que creció Iorio ubicado en la zona sur de Caseros, donde conviviría con sus padres y su hermano Alfredo, aún era en esa época una zona descampada. La familia Iorio se agrandaría algunos años después, en 1972, con la llegada de Andrea, la única hija del matrimonio.

En medio de los sobresaltos políticos de la Argentina, la niñez de Ricardo transcurrió en el seno de un hogar patriarcal, bajo la figura dominante y un tanto avasalladora de don Alfredo, su padre. Los recursos de la familia escaseaban a la misma velocidad que crecía el barrio y según el músico, las dificultades no faltaban: “Éramos una familia con muchos problemas y discusiones constantes, porque no existía aquello de ‘seamos felices’. Para mis padres los hijos eran una responsabilidad; había muchas obligaciones... y ellas prevalecían sobre las intenciones de ser felices. Si yo quería ir a una heladería no podía porque, primero, tenía que lustrarme los zapatos. ‘Quiero una pelota’, les pedía, y en cambio me respondían: ‘Mirá, no tenemos plata para una pelota, pero te compramos un cochecito de plástico’. ‘Entonces quiero plastilina’. ‘No podemos comprártela, pero te compramos una goma de borrar’.

EL PERRO CRISTIANO - *Ariel Osvaldo Torres*

Era todo una onda así —explica Ricardo Iorio. Y luego agrega—: También tuve muchas peleas y discusiones con mis hermanos, pero de grande aprendí que no tenía que pelearme con ellos. Creo en la reencarnación y en la evolución del espíritu, en que cada uno de nosotros encarna según lo que le toca; por eso sostengo que es muy mala la pelea entre hermanos, porque en esos casos es donde afloran los sentimientos de otras encarnaciones”.

Y aparece en esta historia un antepasado importante para Iorio: la figura de Cirilo Pedraza, su abuelo materno. Según cuenta Iorio, debido a una particular situación familiar fue el señor Pedraza quien se encargó de albergar a la familia Iorio hasta que su yerno, don Alfredo, se compró su primera casa. En lo económico, esto representaba un gran alivio.

Los abuelos maternos de Iorio habían sido una de las primeras familias en poblar un puñado de modestas viviendas ubicadas detrás del Hospital Posadas, frente al enorme predio donde actualmente está emplazado el barrio Carlos Gardel, y allí pasó Iorio los primeros años de su niñez. La Avenida Perdriel o Diagonal República aún era de tierra cuando Ricardo recorría la zona en largas caminatas, gomera en mano, buscando palomas y gorriones.

Oriundo de Alejo Ledesma (provincia de Córdoba), Cirilo Pedraza o don Pancho, como le decían, fue peón rural en su provincia y luego trabajó como changarín en el puerto de Buenos Aires; por la misma época se casó con doña Felisa Alfonso. Pedraza falleció de cirrosis, igual que el abuelo paterno de Ricardo. Ya siendo grande, el mismo Iorio reconocerá la importancia de los dos abuelos en su vida: “Porque mis viejos no tenían casa propia y uno de ellos nos albergó. Antonio Iorio, mi abuelo por parte de padre, era inmigrante; llegó a la Argentina con una buena posición y renunció a la vida de Italia. Siempre intentaron repatriarlo pero él nunca quiso volver; es más: le mandaban dinero y él lo devolvía o se lo gastaba en una noche. Mi papá es el hijo menor de ese hombre italiano. Yo era muy chico cuando mi abuelo paterno falleció por culpa del alcoholismo”.

¿Y cómo era Iorio de chico? “Era bastante bravo y temperamental”, reconoce el músico, que hoy se considera a sí mismo “un ser fuerte y violento”. De todos modos, sus padres sostienen que Ricardo era un muchacho común y corriente, que de vez en cuando hacía alguna travesura, nada más que eso. En realidad, jamás les trajo problemas graves. “Yo nunca fui un mal hijo”, sostiene él mismo.

La figura de las abuelas es hoy para Ricardo una referencia afectiva constante. De manera melancólica menciona especialmente a María Fresta, su abuela paterna. Según se sabe, ella llegó a la Argentina en 1903 y nunca aprendió a hablar bien el castellano; fue una de las miles de italianas que emigraron a la Argentina en la próspera era de oro de este país y que dejaron en la cultura huellas muy profundas. Apenas desembarcada en Buenos Aires conoció a su futuro marido, inmigrante italiano también. Trabajaron día y noche, concretaron sus sueños y se la rebuscaron, como tantos otros que arribaron al país en esos años. “Siempre me contaba historias de cuando vino de Italia. Guardo lindos recuerdos de ella —cuenta Iorio—. Me acuerdo que yo siempre le jugaba bromas desatándole el delantal que usaba para cocinar. Mis abuelos paternos eran personas muy trabajadoras hasta que les quitaron el laburo y se quedaron vegetativos, prácticamente. Vinieron acá porque en Europa no ha-

bía otra alternativa que subirse a un barco e irse a la deriva. Ellos no estaban tan organizados como los chicos de ahora, que se van a España porque allá tienen un amigo que les va a dar una mano o porque consiguen un trabajo. No, en esa época te subías a un barco y te ibas de Italia, o te morías de hambre o de cosas peores. Los dos llegaron a la Argentina sin sus padres. O sea que vinieron a la marchanta. Así se conocieron, el mismo día en que bajaron del barco. Y se casaron”.

Cuando los padres de Ricardo, don Alfredo y doña Elda, decidieron (y pudieron, por fin) comprar su propia casa, se mudaron a una vivienda ubicada en la Avenida Perdriel, a media cuadra de la casa de los padres de doña Elda. Por ese entonces Ricardo tenía diez años. Pese a todo, las cosas no cambiaron demasiado en el seno de la familia Iorio; algunas privaciones continuaron, pero él se las ingenió para pasarla bien. ¿Qué hacía? Iorio explica: “Cuando era niño fui el dueño de todas las zanjas de las calles El Rodeo y Marconi, en Caseros. El que metía las manos en esas cunetas se las tenía que ver conmigo, porque todas las ranas y los peces morenitos de esos lugares eran míos... —y su aclaración refleja muy bien su personalidad. Enseguida añade—: La cacería de aves era mi pasión. También me encantaba asar papas en los baldíos y armar casuchas en el tiempo de la poda para quemarlas después. La idea de robar no se nos pasaba por la cabeza, porque nuestros padres jamás nos dijeron: ‘Andá y choreá a esos viejos que están llenos de plata’. Aunque parezca mentira en ese tiempo la gente trabajaba en lo que quería”.

No hay duda de que en las calles en las que Iorio pasó su infancia se respiraba un ambiente de respeto y, en cualquier caso, la violencia callejera de entonces era menor a la actual. “Éramos todos hijos de inmigrantes y de repente nos pusieron enfrente el barrio Carlos Gardel; aquello fue un contraste muy grande. De todos modos, aunque siempre se criticó que esa gente no iba a trabajar o que a las nueve de la mañana mandaban a los chicos a comprar vino, yo tengo un montón de amigos que son hijos de inmigrantes que siguen viviendo ahí y doy fe de que ese barrio no es una villa de ladrones. Con el tiempo todo se fue depurando”.

El fútbol era otra de sus grandes pasiones. De esos años, cuando jugaba en la calle o en los baldíos de Caseros, Iorio guarda un grato recuerdo de cuando le regalaron la primera pelota: “Era una de esas de cuero que si se mojaba y la cabeceabas, te rompías el cuello”, dice. Por aquellos años Racing Club andaba bastante bien. Iorio se hizo de Racing porque su padre lo era también y le transmitió la pasión a él y a su hermano. Tenía cinco años cuando vio a la Academia consagrarse como Campeón Intercontinental, en 1967: “Recuerdo cuando mi padre trajo a nuestra casa un enorme televisor blanco y negro, justo el día que Racing jugaba la final de la copa contra el Celtic; así pudimos ver el partido en vivo. Nunca me voy a olvidar la imagen de mi viejo besando la pantalla de ese televisor cuando ganamos. Con vivencias como esas no podía no ser de Racing; ser de la Academia también es una cuestión de resistencia, porque no es como ser hincha de Boca, o como las nuevas generaciones, que se hicieron todas hinchas de Vélez porque salió campeón varias veces seguido. Yo con el tiempo hasta compuse un tema para Racing, que no es lo mismo que escribir una canción para los Xeneizes, porque en ese caso más de uno podría sospechar que lo hiciste por lo que vende Boca y no por amor a la camiseta”. Paradójicamente, Iorio nunca fue al Cilindro de Avellaneda para ver a su Academia, y la

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

única vez que pisó el predio de Racing fue para ver un concierto donde tocaba Pappo. Sin embargo, del amor que siente Iorio por su Academia, nació “Racing Club”, una canción que el músico decidió no grabar y que en más de una ocasión lo obligó a reflexionar unos segundos antes de dar a conocer su letra completa:

*Pasión blanca y celeste  
del barrio Avellaneda  
es el corazón mío  
que tus sentimientos lleva,  
para alegrar a quienes  
como yo te eligieron.  
Racing te estoy cantando,  
seas último o primero.  
Vi tus colores en el cielo  
cuando niño, guerreando  
fútbol en bonaerenses baldíos.  
Quienes, lo sabés,  
me llevan en tus banderas,  
adonde sea  
y contra quien  
ganes o pierdas.*

Aunque Iorio afirma que en su memoria esta época de su infancia no ha quedado registrada de ningún modo como un infierno, cuenta que desde temprana edad dio muestras de su fobia por el estudio o, mejor dicho, por el tipo de enseñanza impuesta en la Argentina desde hace tiempo. “El principal problema de mi infancia fue la escuela —afirma—. Odié esa forma de educación estúpida que estaba implementada entonces y hasta el día de hoy se mantiene. Pareciera que el sistema educativo está hecho para que no seamos lo que soñamos. Yo apoyo la propuesta de Miguel Grinberg: que me den siete años para hacer una escuela y vamos a ver cómo salen los pibes. Por eso mi conjunto actual se llama Almafuerte, porque Pedro Bonifacio Palacios trataba de desarrollar los sueños de los pibes para que a los doce años un chico tuviera el oficio de sus sueños para ganarse el sustento”.

Ricardo tenía cinco años cuando fue por primera vez al colegio, en 1968; y cuenta que el miedo que sintió en ese instante le duró varios días: “Durante los primeros cinco días de clases no paraban de temblarme las piernas. No sé porqué le tuve tanto miedo a eso”. Cursó sus estudios de primero a quinto grado en la enseñanza pública, en la Escuela N°36 Félix Origone del barrio El Palomar, hasta que en 1973 sus padres decidieron cambiarlo a un colegio privado y fue a parar a Caseros, a la Escuela San Francisco Javier Llavallol de la iglesia San José. A Ricardo le costó integrarse al nuevo colegio cristiano, sobre todo porque era una educación que moldea a los chicos con profundas convicciones católicas; tal vez de ahí venga su eterno enojo con la Iglesia. Sin embargo, hay que decir que Iorio fue bautizado y criado como católico, y que una vez se definió a sí mismo en este aspecto diciendo: “Soy un perro cristiano y me voy a aferrar al cristianismo hasta la muerte”.

De todos modos, y a los tumbos, Iorio pudo finalizar sus estudios primarios. Hoy día, con todo, el músico tiene un punto de vista muy particular sobre la educación, y es extremista en este sentido: está convencido de que a los jóvenes primero hay que enseñarles oficios antes que determinadas materias como Matemática o Geografía, y defiende esta personal teoría a rajatabla: “Después de aprender un oficio el pibe irá solo a pedirle al educador: ‘Maestro: quiero aprender inglés, ¿me enseña?’. Tal vez irá a estudiar cuando ya tenga su situación económica solucionada o cuando ya no dependa de sus padres —señala, y agrega—: Hay cosas muy duras que puedo decir sobre la escuela y sobre los docentes, pero tal vez no es lo que tenga que hacer. Gracias a Dios, a mis hijas les encanta estudiar; pero yo pienso que si un hijo le dice al papá: ‘No quiero ir más a la escuela’ entonces habrá que apoyarlo. No creo que la solución sea atormentarlo con obligaciones”.

Hay algo de su infancia que tendrá mucha importancia desde entonces para la vida de Iorio: le gustaba el dibujo. Entonces iba a la escuela, sí, pero también dibujaba. Él lo cuenta con una anécdota que habla por sí sola: “Me acuerdo que en tercer grado la señorita decía: ‘Dictado’, y yo me ponía a dibujar guitarras. Cuando ella me descubría dibujando agarraba la hoja, la rompía delante de todos y me tiraba la oreja. Todos se burlaban de mí: ‘¡Idiota! ¡Burro!’”, me decían mis compañeros. Y bueno, ése era yo. Pero como la vida es un péndulo, me gusta que ahora vengan a mis conciertos los hijos de esas chicas que estudiaban conmigo en la primaria y me digan: ‘Iorio, mi mamá iba con vos a la escuela’. Yo era ese burro que no quería multiplicar, que tenía tareas de más o que tenía que ir a la maestra particular y ahora me encanta demostrarle a toda esa gente que no me equivoqué. Ahora, a esos pibes les contesto: ‘Andá y decile a tu mamá que estoy peor que antes. Y que soy quien quise ser’”.

En relación a sus dotes para el dibujo, años más tarde (muchos, en realidad) Ricardo Iorio diseñaría los logos de las bandas de rock que formaba; incluso iría más lejos que eso: se daría maña para esbozar los artes de las tapas de todos sus discos.

Hubo en ese período de la escuela primaria un hecho en particular que quedó impreso para siempre en la mente de Ricardo y que luego resultó ser una bisagra clave: cuando tenía once años conoció a Ricardo Mollo, hoy figura de Divididos. Por ese entonces, el futuro metalero cursaba sexto grado y había recibido en la escuela entradas para asistir a un show de los payasos Firulete y Cañito en el club Almafuerte, a metros de la Sociedad Italiana de Tiro al Segno, en el barrio El Palomar. Estaba viendo el espectáculo infantil acompañado por su madre cuando sus compañeros de aula le avisaron que por la puerta del club pasaban Ricardo Mollo y su hermano, Omar, integrantes en aquel tiempo del grupo MAM (Mente Alma Materia). Aquello fue impactante para un pequeño que más tarde marcaría historia dentro del rock pesado de su país. Cuenta Iorio: “Ellos vivían en un barrio cercano al mío. Tendrían alrededor de dieciséis años, usaban el pelo largo y pasaron caminando con los estuches donde guardaban sus instrumentos. Como los chicos de mi grado sabían que yo era medio loquito por esas cosas, le pidieron permiso a mi vieja para salir a la calle y mostrarme que en el barrio ya existían los rockeros. Me acuerdo que les dije a mis compañeritos: ‘¿Ven? Así voy a ser yo cuando sea grande’”.

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

Seguía siendo un chico Ricardo cuando dio sus primeros pasos en el arte callejero: había terminado el séptimo grado de la primaria y comenzó a incursionar en las murgas de barrio. En compañía de sus amigos, a menudo solía asistir a los ensayos de Los Mimosos de Ciudadela o Los Delicados de Caseros, con el fin de aprenderse de memoria las canciones de esos grupos. Ese verano, antes de que llegara el Carnaval, a la hora de la siesta salían disfrazados a interpretar las canciones “prestadas”, portando estandartes o pancartas; se paraban delante de la puerta de los negocios de la zona y cantaban. Así recaudaban monedas suficientes como para comprarse botellas de *Coca-Cola* y paquetes de galletitas Ortíz. No había más pretensiones que esas: “Era una cooperativa nacida de la pasión —afirma Iorio—. Nos disfrazábamos con ropas miserables, diseñábamos nuestros propios carteles y nuestros bombos eran tarros de basura pintados. Generalmente el más malo se disfrazaba de mujer, porque era el único que se la podía bancar si alguien le decía algo. Pero también estaban los otros, los verdaderos gays, que tenían cuatro o cinco días para explayar su sentimiento de mujer a través de un disfraz. No es como ahora que todo el año es carnaval”.

Paralelo al camino que lo llevó a recorrer los barrios de Caseros, hubo algo que tuvo gran importancia en la infancia de Iorio: le mintió a sus padres diciéndoles que todavía creía en los Reyes Magos y así le llegó su primera guitarra criolla. Un inolvidable 6 de enero se levantó a las seis de la mañana para ir a buscar su regalo... y a las nueve tenía ¿compuestas? cuatro ¿canciones?, montado arriba del Kaiser Carabela de su padre. Por supuesto, no sabía tocar, ni mucho menos afinar, pero se las arregló para componer algo que pretendía sonar como Pescado Rabioso, el auténtico primer grupo argentino de rock que llegó a sus oídos. “Mis viejos escuchaban tango —explica Iorio—. No eran muy fanáticos, como actualmente son las personas, en el sentido de que ahora todos tienen colecciones de CDs y esas cosas. Eran otras épocas. Me acuerdo que ellos escuchaban música principalmente a través de la radio y yo, antes de conocer a Pescado Rabioso, escuché artistas como Sandro, que sonaban en la casa de alguna tía que tenía un tocadiscos. A mí Spinetta siempre me pareció que hacía una música como las de las películas en blanco y negro de Nerón que se veían en Sábados de Súper Acción: un loco atravesado que cantaba cualquier pelotudez. Era muy fácil para mí hacer esa clase de letras”.

Aún más apasionante, sin duda, fue para él el primer proyecto musical que armó con un amigo llamado Santiago Raffó. Se trataba de un dúo acústico que interpretaba canciones propias del estilo de Sui Generis. Corría el año 1975. “No sabíamos afinar pero inventábamos canciones y teníamos un repertorio propio. Nunca faltaba el vecino o el familiar que nos preguntaba: ‘¿Qué clase de música hacen ustedes, si jamás fueron a estudiar?’. No puedo recordar cómo se llamaba el dúo. Sí recuerdo que no era un juego; más bien era como un ritual, porque pasábamos días enteros tocando la guitarra; éramos amigos y teníamos el sueño de ser rockeros. Pero la cosa no pasó de tocar en nuestras casas”.

¿Qué ocurría en la Argentina en materia de música para aquel entonces? Las crónicas de la época dicen que en 1975 el éxito oscilaba entre las lágrimas y la euforia de esas dos noches de Adiós Sui Generis en el Luna Park. La escena del rock argentino estaba un poco caída y la primera camada de músicos, compuesta por Miguel

Cantilo, Edelmiro Molinari, Gustavo Santaolalla, Javier Martínez, Billy Bond, Morris, Claudio Gabis y Litto Nebbia se había ido del país, la mayoría en forma de autoexilio. Frente al advenimiento de un nuevo gobierno militar, León Gieco, Raúl Porchetto, Polifemo, Pappo, Spinetta, Piero, Pastoral, Crucis y María Rosa Yorío eran, entre otros, los nombres que representaban el rock nacional de entonces.

Sin embargo, renegando de los días de la primavera matizados con canciones como “Rasguña las piedras” de fondo, y lejos de sentirse identificado con la mayoría de los rockeros nacionales de vanguardia, en esta época Iorio halló más de un consuelo por el lado nacional en Plus, Vox Dei, Pappo’s Blues, Almendra, Manal y El Reloj, además de Pescado Rabioso.

Llegó entonces el colegio secundario en su vida, e igual que sucedió con la primaria, Iorio vivió esta etapa como una auténtica pesadilla: “Como me obligaron a estudiar me llevaba todas las materias. Pensaba todo el tiempo en hacer descontrolados o en cómo hacer reír a los demás y no hacía lo que debía, que era estudiar. Lo más interesante del secundario para mí fue poder estar fuera de casa. Recuerdo las palizas que me dieron por culpa de las amonestaciones, y que en Matemática y Física era un desastre. En cambio, me gustaba estudiar Historia, Geografía y Ciencias Naturales. Creo que esas materias son las que más rescaté, igual que Castellano, que me sirvió para escribir letras... aunque tengo miles de faltas de ortografía”, dice.

Sus continuas manifestaciones de desgano lo llevaron a pasar por tres establecimientos de enseñanza secundaria. Cuando Ricardo empezó a sentir interés por el rock hacía poco que había ingresado al primer año del ENET N°1 Italia, de San Justo. Fue más o menos por esa misma época cuando su hermano le llegó con el rumor que en una sala de esa misma localidad bonaerense ensayaba el grupo El Reloj. De ahí en más, Iorio recorrió la zona en largas caminatas con la ilusión de poder escuchar a este mítico grupo de rock argentino, hijo directo de Deep Purple. Conserva todavía hoy frescos aquellos recuerdos: “Yo estudiaba en San Justo y vivía en Caseros. En ese momento, tener un equipo de guitarra era rarísimo —explica—. Decían que la guitarra de Willy Gardi se escuchaba a diez cuadras a la redonda, así que me iba caminando desde San Justo hasta Caseros buscando de oreja dónde ensayaba El Reloj, hasta que dimos con la sala. Siempre íbamos hasta allá, y nos quedábamos en la puerta esperando que salgan para llevarles los instrumentos, algo que nunca sucedió”. Lo interesante del caso es que, años más tarde, El Reloj tocaría como invitado en shows de Hermética y Almafuerte; y hasta Juan Espósito, baterista de aquel mítico grupo, compartiría ensayos y proyectos con Iorio y el Tano Marciello, dentro de la primera formación de Almafuerte.

Aunque continuó haciéndolo, a los quince Iorio ya estaba cansado de estudiar. No era lo que quería hacer. Pese a los mandatos familiares, resolvió que era la hora de dejar atrás el dúo acústico para transformarse en un músico pesado. Los primeros grupos internacionales de rock duro que le sirvieron de inspiración para tocar rock pesado fueron Deep Purple y Black Sabbath con Ozzy Osbourne. A mediados de los años setenta algunos discos de Black Sabbath como *Éxtasis técnico* y *Sabotage* fueron lanzados en Argentina en edición limitada y, según cuenta Iorio, se podían conseguir de oferta en esas viejas disquerías y librerías que aún existen en la calle Co-

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

rrientes. “Por sus tapas y por su música extrañísima eran raros para el común de la gente. Todos decían que Black Sabbath era una mierda, que ‘ése no sabe cantar’ o que ‘ése no sabe tocar’. Me acuerdo que la revista *Rolling Stone* decía que Sabbath eran ‘cavernícolas en busca de carne que se toparon con los equipos de una banda de rock’. Después, los de la revista *Pelo* copiaron eso y le agregaron ‘Sabbath, sólo riffs interminables’. Yo sólo escuchaba la música y movía la cabeza. Igual, aunque no entendía un carajo lo que cantaba Ozzy, me daba cuenta de que una banda que hacía esa clase de música no podía cantar boludeces como las que escuchaba acá de Los Pasteles Verdes”, declaró una vez para la revista *Las Cruces de Sabbath*.

Pese a su admiración por Ozzy Osbourne, su primer disco de vinilo no fue de Black Sabbath ni de Deep Purple, sino *In For The Kill* (*Listo para matar*, 1974) del grupo Budgie, que consiguió un tiempo antes de ingresar en la secundaria, cuando apenas tenía doce años. Un muchacho de Caseros se lo mostró, y a él le fascinaron la tapa y la música del trío, realmente muy dura para la época: “Ese disco influyó en mi carrera, porque si en vez de haber comprado ese disco hubiese comprado *Lo mejor de Johnny Rivers* todo hubiera sido distinto. Era un disco totalmente desconocido, *underground*, que ahora me hace acordar de mis momentos solitarios, cuando nadie me quería porque quería ser un rockero pesado. Fueron momentos de mi juventud vividos en soledad total, porque en aquel entonces si no ibas a bailar eras un pescado”, le contó una vez a la revista *Madhouse*.

Su condición de rockero no lo favorecía precisamente a la hora de conseguir novias. Iorio hoy jura que en su juventud jamás fue a bailar “porque adopté el rock desde muy chico e ir a bailar era la contra de ser un rockero. La primera vez que pisé un boliche fue para tocar con uno de mis grupos”, confiesa. Y cuando cierta vez un periodista de la revista *Rolling Stone* le preguntó cómo hacía para conseguir chicas en su etapa adolescente si no iba a bailar, respondió con sarcasmo: “No había chicas en ese tiempo. Sólo me pajeaba. Cuando apareció una chica en mi vida, me casé”.

El sexo y las transgresiones en la vida de Iorio llegaron algunos años más tarde. “Todavía no teníamos muy arraigado el sexo en esa época —reconoce hoy—. Queríamos ser rockeros, nada más. No éramos como Phil Collins, que entró en el rock por las mujeres. Acá era al revés: si estabas en el rock no te cogías a nadie. ¡Ni siquiera podías darle un beso a una mina! —bromea—. Ser rockero y tener una chica linda era muy difícil. Gracias a Dios yo conocí unas chicas hermosas a las que les gustaba el rock y tuve una novia a la que cuidaba como a mi mamá; ‘Poly’ le decíamos. Pero eso fue después, cuando ya tocaba en V8”.

A Iorio comenzó a picarle el bichito del trabajo cuando cursaba la secundaria. Con otros amigos de barrio solía alquilar carros con caballos, y salían por su zona en búsqueda de botellas y metales. También trabajaba punteando la tierra, cuando en Caseros la gente tenía gallinas y conejos en las casas. Luego, cuando otras necesidades se presentaron, tuvo que buscar trabajos más solventes. Los padres del joven Ricardo tenían los mismos problemas económicos que cualquier familia tana argentina de clase media trabajadora, de modo que hubo momentos de su adolescencia en que Iorio debió realizar aportes “a la olla”. Hoy día cuenta, cuando se sumerge en el archivo de la memoria: “Éramos humildes, pero en mi casa nunca nos faltó nada. Capaz que en ese momento de mi juventud, como me hacían trabajar, a mí me

rompía las bolas y decía de mis viejos: ‘Estos son unos hijos de puta’... pero tengo que agradecerle a mis padres por el hecho de que siempre nos hicieron trabajar. Toda mi juventud y mi adolescencia fueron obligaciones, responsabilidades y trabajos. Por eso ahora vivo como soñé de adolescente. Y si mi estilo de vida me resultó, entonces pienso que debo transmitir que no hay que tenerle miedo a las obligaciones. Uno debe ser valiente a los veinte años, no a los sesenta. Acá hay muchos valientes, sí, pero ya tienen setenta años. Hay un adagio español que dice: ‘Si a los veinte no es valiente y a los cuarenta no es rico, catalógalo de burro’”.

En marzo de 1976 Ricardo cambió de colegio. Fue inscripto en la Escuela Técnica Industrial de Ciudad Jardín, en El Palomar. Cuatro años después, con mucho esfuerzo, logró recibirse de Maestro Mayor de Obras en la escuela nocturna de enseñanza técnica Nuestra Señora de Luján, en Caseros. Sobre esta etapa, alguna vez declaró: “Mi adolescencia la pasé en los colegios secundarios. Cuando entrás ahí, digamos que ya intentan acomodarte dentro de los moldes en los que tenés que moverte sí o sí durante el resto de tu vida, pero nadie (ni los maestros, los profesores, ni siquiera tus padres) trata de cultivar o rescatar lo que vos llevás adentro desde que nacés. Al imponerte esas pautas por la fuerza te van anulando a un punto en el que tratás de buscar salidas que por ahí te conducen a moldes que vos mismo te imponés o, lo que es peor, que otros fabrican para vos. En mi caso, la música fue lo único que me permitió evadirme de todo ese entorno. Y al acabar los estudios pienso que cumplí con lo que mis padres siempre soñaron; ellos llegaron hasta segundo grado y querían un hijo recibido. Sólo por eso estudié... porque jamás fui a buscar el diploma”.

—¿Te ibas, te cambiaban de colegio tus padres o te rajaban directamente?

—Todo junto. Yo no me daba cuenta de que tenía que terminar la carrera. Entonces no le prestaba atención al estudio. Iba a la escuela a divertirme, a hacer quilombo y cagadas.

Según cuenta el propio Iorio, un diálogo entre él y un profesor cualquiera, un día común y corriente de su etapa en la secundaria, podría haber sido el siguiente:

—Iorio, pase al frente.

—No estudié.

—Muy bien. Tiene un cero.

—Y bueno... —en voz más baja— ¡Andá a la concha de tu madre!

“Después llegaba a casa y me fajaban, pero bueno... creo que si a la generación a la que pertenezco le hubieran dado un tiempo para buscar una orientación en vez de obligarnos a ir a la escuela, todo hubiera sido más positivo, porque esa obligación es imposición y uno se revela contra lo impuesto. Para mí la escuela fue esa manera de estudiar las cosas, que me parece incorrecta. Lo sigo sosteniendo hasta ahora”, afirma Iorio.

Su formación rockera tuvo un punto clave de despegue en el hecho de que su hermano haya comprado una guitarra eléctrica; fue una circunstancia que tuvo un efecto indeleble sobre él, pues a los pocos meses Alfredo perdió interés por tocar la gui-

---

*EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres*

---

tarra, entonces Ricardo la tomó prestada, y con ese instrumento se curtió.

Su primer bajo llegó en ocasión de su cumpleaños número dieciséis. Don Alfredo y doña Elda le regalaron a Ricardo un Faim modelo Jazz Bass de color blanco que habían comprado en una casa de venta de instrumentos musicales propiedad de unos italianos. Nada podía haberlo complacido más.

Tal vez si hubiera recibido un saxo como regalo, otra sería su historia. No era hacer cualquier tipo de música lo que le interesaba: “Yo soñaba con ese bajo. Mis padres me compraron el instrumento pero me dijeron: ‘Tenés que ir a estudiar’. Ese fue el trato. Así que fui a estudiar uno o dos años con un afroamericano de apellido García, pero no cazaba la onda del tipo, porque me quería hacer leer música... ¡y eso era como ir a la escuela! Entonces no aprendí nada. Me di cuenta que esa no era la manera para aprender. Hoy pienso que la mejor manera de aprender a tocar es inventando canciones, o que algún amigo te diga cómo se afina y cuáles son los tonos”.

En los últimos años del secundario, en el colegio Nuestra Señora de Luján, Ricardo hizo importantes amistades y relaciones que marcaron una impronta en su futuro como músico. A ese colegio concurrían los hermanos Horacio y Héctor Cristofanetti, dos pibes que por entonces ya tocaban muy bien la guitarra y que tenían buen oído. Escuchaban Yes y mucho rock progresivo. A fuerza de visitarlos, Iorio abrió musicalmente su cabeza, que en ese momento sólo tenía lugar para el rock pesado.

Iorio adquirió importantes conocimientos musicales con los hermanos Cristofanetti. Incluso llegaron a formar un grupo (al que bautizaron poco ingeniosamente ‘Ernesto’) con el que hicieron canciones que hoy el propio Iorio describe como “las que tocaba Sumo. (...) A ellos les gustaba ese tipo de música. Como eran mis amigos y yo siempre estaba con ellos, salía eso. No tenían mamá, entonces nos juntábamos todas las noches en su casa y eso era como un ritual. Aparte, en ese tiempo ocurrió la explosión del cassette y fue muy importante para nosotros tener la posibilidad de grabarnos. Entonces grabábamos canciones acompañándonos con las sillas en lugar de una batería. También inventábamos discos, les hacíamos las tapas e íbamos por ahí diciéndole a la gente que ése era nuestro disco. Cuando sucedió todo esto ya tocaba en los inicios de V8”.

Otro de los amigos íntimos de esa época, que no era compañero suyo de colegio, era un joven llamado Daniel Britos. Daniel era un amigo del barrio que tocaba el bajo y que se convirtió en su compinche de diversiones. Iorio y él eran inseparables. Sus travesuras de ese tiempo consistían en pararse en las vías del Ferrocarril San Martín esperando el paso de los trenes. Saltaban fuera de la vía sólo cuando las locomotoras estaban ya bien cerca, pero Daniel Britos iba más allá que los demás, era más arriesgado: su hazaña consistía en apartarse de los rieles cuando el tren estaba a apenas diez metros suyo. “Nos hacía llorar del cagazo”, recuerda Iorio.

Daniel tenía un hermano, Aníbal, y una hermana llamada Miriam, a quien Iorio la recuerda como la más linda del barrio; ambos eran unos auténticos rockeros en la zona y querían llevar ese tipo de vida que solamente se podía hacer lejos de las casas. Porque en ese tiempo los jóvenes rockeros debían arreglarse el cabello cuando regresaban a sus hogares, para que sus padres no se dieran cuenta en qué andaban sus hijos. “Esa misma gente es la que hoy dice qué es lo que se debe escuchar y lo que no. Esa sociedad era la que marginaba el rock pesado. Marginaban todo lo que

hicieran Pappo, Vox Dei o Manal. Los hijos de aquellos que prohibían esa clase de música con el tiempo se dieron cuenta de que el rock también puede ser una salida laboral muy importante. Pero en ese momento para los padres era: ‘Nada de rock. Tenés que ir a laburar’”, opina Iorio. Daniel Britos falleció en la década del 90 a causa de un accidente; pero, según afirma Iorio, se fue en paz y (lo recuerda bien), un tiempo antes de morir le obsequió al joven músico un bajo.

Finalmente, un amigo que formó también parte de su barra era un muchacho al que apodaban ‘Pata’. Este personaje fue el primero que exhibió una guitarra Fender Stratocaster en la zona de Santos Lugares. Típico muchacho de barrio, este músico llamaba la atención de sus amigos por sus habilidades con las seis cuerdas. Ricardo recuerda que Pata se convirtió en su verdadero profesor de bajo: “En dos horas me enseñó a tocar el instrumento como lo toqué hasta la última vez. Me enseñó los tonos, cómo meter los dedos, cómo era esto... todo. Teníamos un grupo con él y con otro muchacho que todavía vive, que se llama Carlos Ramos, también baterista de esa zona, un muchacho unos años más grande que nosotros. Aprendí mucho con ellos también”.

Igual que le sucedió a muchos músicos de rock de su generación, una vez que mejoró su técnica con su instrumento comenzó a componer más decentemente. Lo cierto es que Iorio pronto desarrolló ese don particular que posee de escribir letras y melodías por intuición, aptitudes que hoy lo distinguen como un buen improvisador y payador. “Detesto los conservatorios y aprender música. Yo era más de escuchar una canción y tratar de sacarla; así fui desarrollando el oído. Soy de ese palo. Desprecio a los que hacen música para los músicos y no para la gente. También odio la noción del arte como placer exclusivamente estético. Si me hice músico también fue para expresar a través de ello todo lo que siento, para identificar al argentino real, al que menos posibilidades tiene. Quiero luchar hasta la muerte, quiero cantar para que podamos seguir siendo argentinos y evitar que nos transformemos en turistas de nuestro propio país —dice hoy, serio, reflexivo, al tiempo que rememora—: Antes de aprender a tocar la guitarra y de aprender a afinar ya tenía canciones inventadas, con letras y melodías. En ese tiempo estaba Sui Generis y era más fácil tocar ‘Rasguña las piedras’ y boludeces como ésas, que una canción de Pappo. Igualmente, confieso que nunca fui muy bueno para tocar las canciones de otros, entonces inventaba las mías. Me acuerdo que iba a algún cumpleaños, por ejemplo, agarraba la guitarra, tocaba y cantaba. Entonces me preguntaban: ‘¿Esa canción de quién es?’. Como yo no podía confesar que era mía porque si lo decía no me creían, entonces decía que eran canciones de otros. Así era; desde pendejo siempre quise cantar cosas mías”.

En materia de trabajos hay que decir que Iorio se ganó la vida inicialmente con muy diversos oficios, incluyendo el de heladero, pues el rock recién le trajo el sustento en la edad adulta. Con el pasar de los años estuvo vinculado con actividades bastante intensas: descargó camiones con bolsas de alimento balanceado de la reconocida empresa Cargill, fue aprendiz de tornero trabajando para otro gran amigo de Caseros, Roque Agassi; y finalmente aprendió el oficio de comerciante. Así comenzó a trabajar bajo la tutela de su padre en el rubro frutihortícola. Iorio trabajaba de día y estudiaba de noche; y también encontraba tiempo para hacer música.

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

Con los primeros ahorros, su padre decidió comprar un viejo camión Bedford para repartir papas y cebollas por la zona de Villa Lynch, Caseros, Lourdes y Santos Lugares. No les fue mal en el ambiente de la frutihorticultura; les fue bien al punto en que muy pronto decidieron incorporar a otro empleado, y el elegido fue Horacio Cristofanetti, el amigo de Ricardo. Aquello sucedió ya en épocas de V8.

Más tarde, Ricardo, su hermano y don Alfredo tuvieron un puesto de venta mayorista de papas en el Mercado del Abasto donde permanecieron siete años. Este dato no es menor, porque en ese entonces el ritmo de trabajo era estable, el dinero entraba fácil, y ello le dio a la familia Iorio estabilidad económica y tranquilidad emocional. Pero un buen día el Mercado del Abasto cerró sus puertas y debieron trasladarse al Mercado de Tres de Febrero, primero, al de San Martín después y, por último, al Mercado Central. “Vino la debacle de Alfonsín y me transformé en un argentino pobre”, exclama Iorio.

—*Pero a tus viejos sí les fue bien...*

—Sí, a mis padres les fue bien. Cuando uno trabaja para los viejos generalmente gana mucho más que para el fideo y la galletita, pero viste cómo es: cuando el dinero hay que repartirlo en la familia las ganancias son limitadas... “A este que es medio drogado, al rockero éste que anda con la guitarrita no le demos nada”. O sea, vos te das el tiempo para hacer lo tuyo e igualmente sos juzgado. Es como aquel que le gusta el golf: le cuesta muy caro su hobby pero hace lo que le gusta. Bueno, la música primero fue un hobby para mí y después se transformó en una profesión. Pero hasta que tus viejos entienden eso pasan un montón de años, en mi caso tuvieron que pasar quince. Recién se avivaron cuando empecé a llevarles regalos: “Tomen, con la música gané plata y les compré una cocina”.

—*Un poco tarde llegó el reconocimiento...*

—Pero tarde es mejor que nunca. Igualmente recibí halagos en cantidades de parte de mis padres cuando razonaron. No sé si sintieron un cargo de conciencia o qué, pero al menos comenzaron a reflexionar: “Llegó a ser músico sin que lo hayamos mandado a un conservatorio. Salió torcido, pero algo tiene este hijo de puta”.

Iorio suele contar que su padre era una máquina de trabajar para sostener a la familia. Hizo de todo lo imaginable (incluso vendió animales en la calle), y hasta que no tuvo una flota de camiones para asegurarse un bienestar, no paró. Años más tarde, llegaría a tener un lavadero de ropa.

Quienes conocen bien de cerca al músico, dicen que padre e hijo tuvieron una relación de confrontaciones intermitentes durante varios años, pero que hoy se llevan bien, a pesar de que se ven en raras ocasiones. Todos sus allegados sostienen que ambos se parecen y que son dos tornados en acción. Ricardo heredó el temperamento y hasta la contextura física de don Alfredo. “El viejo es un tipazo —afirma Melena, un amigo incondicional de Iorio—, y es una luz para los negocios. Alfredo hizo mucha plata... pero rompiéndose el lomo. Y claro, una vez que el tipo agarró una buena racha económica en la vida, quiso transmitírsela a los hijos; por eso quería que Ricardo le siguiera los pasos y se pusiera ‘bicho’ en la papa. Pero al loco todo eso no le importaba. La onda de él era la música. Me acuerdo que el viejo me decía: ‘Este hijo de puta

anda todo el día con la guitarra. ¡Me tiene los huevos llenos!'. A veces yo llegaba al Mercado del Abasto y veía a un montón de pibes de todos lados en el puesto, porque se enteraban que el bajista de V8 estaba ahí y se sentaban a conversar. Entonces aparecía el viejo de Ricardo, que le decía: 'No me hagás nido de águilas, pibe. ¡Sacame a todos estos buitres de acá!'. Y los echaba a todos. Mirá cómo son las vueltas de la vida que a veces voy a la quinta del viejo y cuando escucha un tango cantado por el hijo se pone a llorar. 'Pensar que yo no quería que fuera músico', dice a veces".

"Lo que pasa es que se llevan poca diferencia de edad —sostiene el actual manager de Almafuerte, Marcelo Caputo—, es joven el padre de Ricardo, y es como que tienen un temperamento muy fuerte los dos. Entonces chocan, porque cada uno tiene su forma de pensar y su temperamento. Por lo general los padres quieren que sus hijos sean como ellos y de repente no todos los hijos son iguales a los padres. En ese sentido, a nivel negocios, don Alfredo era una luz y Ricardo un cero a la izquierda. Iorio es músico, compositor, autor... tiene otra veta. No tiene la veta del comerciante y el billete", dice Caputo, quien también conoce a Iorio desde las tempranas épocas del Abasto. Entonces queda claro: a él, justamente, a Ricardo Iorio, no vengán a hablarle de números. Lo suyo son las letras, la música, el pasatiempo de poner en versos sus decires y de hilvanar casi artesanalmente las palabras.

Cuando se le pregunta por sus padres, Iorio se pone inquieto, raro. Dependiendo de la situación pueden aflorar viejos rencores o palabras de cariño, o ambas cosas a la vez: "Trabajar para la familia es algo que en la adolescencia uno no puede comprender, porque a esa edad uno no se da cuenta de que son intereses propios. Me rompió mucho las pelotas tener ciertas privaciones, muchas obligaciones y poca diversión en mi adolescencia, y bueno... yo fui un rebelde con todo y no puedo decir que me llevé bien con mis viejos, pero ellos fueron muy buenos. Son jóvenes, y se casaron muy jóvenes también, aunque ahora están separados. Están vivos, los quiero". Lo cierto es que probablemente ninguno de los dos haya pensado nunca que su hijo iba a ser un triunfador en la música...

—¿Tus padres fueron a verte alguna vez a un concierto?

—Una vez, cuando era muy chico. Ahora no. Tampoco soy muy apegado a mis padres, me refiero a eso de estar con ellos todo el tiempo. Ya estuve con mis viejos cuando fui chico. Ahora, de grande, aprendo a vivir mirando a las aves, que no duermen en los nidos. Los pájaros hacen nidos para procrear y luego se van y los otros quedan para reproducirse. Esa es mi manera de vivir. Yo creo que 'mi familia' es la que tengo ahora, la otra es la familia donde nació. No soy de ir a visitar a nadie, tampoco soy el que a tal hora tiene que comer... es un despelote mi existencia.

En materia musical, hay quienes afirman que otro hito en su vida llegó la mañana de un sábado de julio de 1978, cuando en su barrio escuchó una publicidad que anunciaba la proyección de la película *La canción es la misma*, de Led Zeppelin, en un cine de Santos Lugares. Aunque poco le importaba la música de Robert Plant y Jimmy Page, Ricardo Iorio sucumbió a la irresistible tentación de ver aquella película, y en ese cine, una fría noche de invierno, conoció a Carlos Aragoné, con quien formó su primer grupo de auténtico rock pesado: Alarma.

EL PERRO CRISTIANO - *Ariel Osvaldo Torres*

Recuerda que “con un coche y unos autoparlantes hicieron la publicidad de esa película. En ese cine nos encontramos por primera vez todos los rockeros de la zona de Tres de Febrero. Nos conocimos todos ahí, esa noche. Y nos dimos cuenta que éramos muchos los de pelo largo. Me acuerdo que estuvo un pibe de apellido Salmo, un guitarrista hijo de un carpintero, que tocó en el club San Andrés junto a Rosanroll y otras bandas que había en la época. Ahí también conocí a Chofa Moreno y empezamos a frecuentarnos. Al otro día de habernos conocido empezó todo. Aragoné me preguntó: ‘¿Vos qué hacés, qué tocás?’. Yo dije: ‘Soy bajista’. ¡Mentira! Yo no había tocado el bajo en ningún grupo. De cara dura le dije eso y bueno... Eso fue un sábado a la noche y el lunes siguiente ya teníamos la banda”.

Para el puesto de baterista convocaron a otro compañero del colegio Nuestra Señora de Luján, un chico llamado Sandro Castaña que, según Iorio, conocía poco y nada de rock. Castaña tocaba la batería porque sus padres le habían comprado una para tocar en las fiestas de cumpleaños. “Él creía que la música era Nino Bravo y esas cosas. ¡Pero le hicimos escuchar Black Sabbath y resultó que sabía tocar! Éramos pibitos que escuchábamos un disco de Sabbath, sacábamos una canción y la tocábamos todo el día”.

Con esa formación (Iorio, Aragoné y Castaña) Alarma debutó oficialmente el 21 de septiembre de 1978 en el colegio al que concurrían en horario nocturno. Iorio cantaba. Tenía dieciséis años. “Solamente sabía poner los dedos donde mis temas lo requerían. Me acuerdo que la directora del colegio quería suspender la fiesta al segundo tema porque decía que éramos violentos y que esa música no era adecuada para la fiesta. Teníamos como ocho temas nuestros para tocar y al segundo vino la tipa y dijo: ‘No, no. Esto no va, así no se puede seguir. No es lógico’. Pero la gente que organizaba la fiesta quiso que siguiéramos tocando. Y bueno, esas cosas son las que más fuerzas me dieron, porque si la directora nos hubiese dicho: ‘¡Qué lindo! ¡Los felicito!’, entonces hubiera dejado la música”.

Por aquellos tiempos Iorio salía de la escuela a la noche y con los pibes del conjunto Alarma iban a tocar a la casa de Chofa o a la de Daniel Britos. También intercambiaba discos de vinilo con su amigo Horacio Cristofanetti en Plaza Las Heras, cuando en esos tiempos se instalaba allí una feria y al lugar confluían los primeros punks de la época. Iorio y su amigo Cristo madrugaban los días domingos para llegar bien temprano a la plaza y no perderse nada de lo que allí sucedía. Buscaban entretenimientos que los llevaran a conectarse aún más con el rock y a vincularse con otros jóvenes inconformes como ellos, algunos de los cuales trascendieron en el negocio de la música, pero no como músicos precisamente. “Horacio es un amigazo —cuenta Iorio—. En una época yo manejé un camión; tenía que descargar bolsas de papas y necesitaba un empleado, y lo llevé a él. De última yo hacía el doble de trabajo, pero estaba todo el día con mi amigo. Cristo estudiaba conmigo de noche en esa escuela ubicada enfrente de la cancha de Estudiantes de Buenos Aires y andábamos siempre juntos. Me acuerdo que para ir a cambiar discos había que levantarse temprano los domingos, pero eso no era problema porque el que escuchaba discos no iba a bailar. Y a las ocho o nueve de la mañana ya estábamos en la plaza. Ahí conocí a los que después fueron los dueños de Radio Trípoli Discos, Walter Kolm y Sergio Fasanelli. A veces caía la policía a realizar operativos con Itakas porque cre-

ían que todos nosotros comercializábamos drogas. Recuerdo que en ese lugar, cuando murió John Lennon, hubo que hacer un minuto de silencio”.

Un tiempo antes del asesinato de Lennon, un día domingo de 1978, Iorio conoció en Plaza Las Heras al actual coordinador de Almafuerte, Marcelo Tommy Moya, quien se convertiría en un inseparable amigo suyo a partir de entonces. Igual que pasó con Marcelo Caputo, Tommy tuvo una enorme influencia en el destino de Iorio. Ricardo lo conoció de una manera desopilante: un día, en esa plaza, el joven músico encontró un prendedor que le había visto a Tommy, a quien ya conocía de vista. Sabía que el pin le pertenecía a ese muchacho de pelo largo porque era muy particular: llevaba impreso el dibujo de un guitarrista y su instrumento, un símbolo que el sello discográfico brasileño Rock Brigade convirtió en marca registrada años después. Iorio lució en el colegio aquel prendedor toda la semana, esperando a que llegara el domingo siguiente para devolvérselo a su dueño y así poder entablar diálogo con él.

El domingo llegó, y Ricardo fue directo a encarar a Tommy:

—Loco, mirá, encontré esto. Yo sé que es tuyo —le dijo Iorio a Marcelo.

Tommy no se inmutó.

—Ah, sí, es verdad. Es mío. ¡Muchas gracias, loco! —y se fue Tommy, sin darle más charla a Iorio.

“Este es un hijo de puta’ pensé en ese momento. No pude hacer amistad con el tipo. Pero un tiempo después, una madrugada, subí a un colectivo y ahí lo encontré. Como los dos teníamos que viajar re-lejos, en ese colectivo comenzamos a charlar y ahí nació la amistad. Tommy fue otro de mis ejemplos. Yo quería ser un loco con pelo largo y campera de cuero, como él; pero además Marcelo me ayudó mucho en la vida, me proveyó de salas de ensayo, de casa, instrumentos... y no sólo a mí, sino también a otros músicos que pasaron por V8. Es muy importante tener un amigo grande cuando uno es pibe porque es tu pierna, porque si vos no tenés un amigo grande, que tiene casa, cuando tus padres te echan, ¿adónde vas a ir a vivir? A veces Tommy me hace enojar, pero no laburar con él sería como separar a un integrante de Almafuerte”, confiesa Ricardo.

Marcelo Tommy es lo que se dice un auténtico rockero. Hinchado de Chacarita Juniors, siempre vestido de negro, el músico evoca así los tiempos en que conoció a su amigo Iorio: “Nos conocimos de vista cambiando discos en esa plaza en el año 1978, pero la verdadera amistad nació después, cuando nos encontrábamos en Parque Rivadavia, en Parque Centenario o en los conciertos de rock pesado”.

Aunque reconoce que hasta principios de los años ochenta se animó a tocar la guitarra en la F. Metal Band, el fuerte de Tommy fue siempre la organización de conciertos. “A comienzos de los ochenta yo laburaba y armaba recitales en colegios de la zona de Villa Ballester o en teatros como el Independencia... me gustaba organizar recitales que duraban todo el día. Cerraba las puertas, la policía pasaba por el lugar y no se enteraba de lo que sucedía adentro porque no escuchaba nada, por suerte... sino nos llevaban en cana. Era como una cosa muy clandestina todo. Una vez, en el año 80, organicé un concierto en el club El Porvenir donde tocaron Riff y MAM, el grupo donde tocaban los hermanos Mollo. Lo íbamos a organizar afuera del club pero se llovió todo. Ricardo fue a ese concierto. La anécdota es que el gru-

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

po Dulces 16 también tocó esa noche, y después de su show tenían que irse rápido; entonces, para dar una mano Ricardo quiso ayudarnos con los equipos. Sin querer colocó un amplificador detrás de una camioneta que dio marcha atrás... y lo destrozó. Ricardo no dijo nada, metió el equipo en el flete y se hizo el boludo. Después yo tuve que poner la cara con los Dulces 16”.

La graciosa anécdota de Tommy revela otra pasión de Ricardo: le encantaba ser plomo de las bandas. Así recuerda el músico aquella temprana vocación: “Yo quería ayudar porque me daba cuenta de que la movida estaba ahí, no en ser parte del público. La onda estaba en eso de: ‘¿Te doy una mano?’. Como siempre fui un hombre más o menos fuerte, y como cuando uno es pibe tiene todo el sol encerrado en una mano, entonces hacía esas cosas de onda”.

Y le encantaban los conciertos, también, qué duda cabe; a los catorce asistió por primera vez a uno, en el club Comunicaciones de Villa del Parque. Fue un festival de Carnaval en el que participaron León Gieco, Nito Mestre y los Desconocidos de Siempre, Vox Dei, Plus, Alas, Crucis y bandas de ese tipo. “Fue muy lindo —recuerda Iorio—. Fui con mi hermano, que es dos años mayor que yo. En esa época éramos compinches con Alfredo porque además él compró la primera guitarra eléctrica; pero cuando éramos más chicos no nos llevábamos muy bien. Él vive en España desde hace veinticinco años”.

Ricardo habla muy poco de su hermana Andrea, once años menor que él, salvo para contar que cuando eran chicos se llevaba bien con ella: “Fui muy protector de mi hermanita. Me llevé muy bien hasta que formé mi propia familia y empecé con mis horizontes musicales. Ahí ya dejé de ser su hermanito”. No acostumbraba a salir con ella, porque según explica “siempre llevé una vida rodeada de locos y no daba para llevar a una hermana chiquita a los lugares que yo frecuentaba”.

La etapa de la dictadura militar Iorio la tiene bien grabada en su memoria, pues lo atrapó en su período de juventud. “El pueblo argentino vive un proceso de constante exterminio desde hace siglos —escribió para el libro *Bichos raros* de Martín Troncoso y Diego Angeli (actualmente en proceso de edición)—. Primero exterminaron a los indios; los tehuelches y los onas. Después, hace unos pocos años, la dictadura militar se encargó de exterminar al pueblo argentino con sus propias banderas, tal como hace cien años. De la dictadura recuerdo que el grado máximo de asco lo tuve cuando vi a Massera hablando por televisión. Esos tipos son los que jugaron con el país y por eso siguen manteniendo el poder, porque los que verdaderamente trataron de luchar por la nación argentina murieron en la última de las miserias”. Hoy día, Iorio ve con ojos críticos esa época: “Yo fui uno de los tantos giles que no sabían nada, que tenía padres que al encender la tele y ver a Gina Lollobrigida diciendo en Europa que acá había campos de concentración, decían: ‘Mirá vos, esta hija de puta cómo hace ver mal a nuestro país’”.

Ser un rockero en la dictadura fue un período de “soledad total” para Iorio porque, según afirma, cuando empezó con el rock pesado, “el que escuchaba Pappo o Vox Dei era un pardo. Todos escuchaban otra cosa, desde jazz rock, hasta música hecha para músicos, cosas hechas sin sentimiento. Acá, los milicos importaron a Abba y suspendieron durante quince años la proyección de *The Wall* o *La naranja mecáni-*

ca, ¡y Abba era lo más evangelista que había en la música! Las reuniones en las esquinas no existían en ese momento, existía el pibe que se pasaba toda la semana laburando y los sábados se cambiaba después de jugar a la pelota y se quedaba en la puerta de su casa; ni siquiera iba a bailar. Pero pienso que en esa época también hubo jóvenes que hicieron cosas bastante positivas, como fue enarbolar la bandera de las pasiones en contra de lo establecido”.

En la memoria de Marcelo Tommy también aparecen cicatrices imborrables de aquellos oscuros tiempos de la Argentina: “Nacimos en una generación de miedo. La época militar digamos que nos arruinó un poco la vida —reflexiona con cierto resentimiento—. Tener el pelo largo, no escuchar jazz rock y ser distinto a todos era arriesgarse a que te agarraran, te cagaran a palos o a que no volvieras a tu casa. Ser distinto era sinónimo de ser subversivo para la sociedad y las instituciones. No me acuerdo si alguna vez caí en cana con Ricardo, pero sí estoy seguro de que en algún concierto Ricardo huyó corriendo y yo, por otro lado, zafé de la policía escondiéndome debajo de un escenario. La cosa era salvarse”.

Los días de Iorio en ese momento quedaron marcados por una perfecta metamorfosis provocada por el rock. Y tuvo una consigna: aparecer en los diarios, aunque fuera solamente para que sus padres le “dejaran de hinchar las pelotas” por su afición a la música: “Repudiaban mis ganas de ser músico y de querer usar el pelo largo. Por eso en casa me empecé a transformar en un cuervo; así era como me decían mis familiares. Un cuervo de ésos me hice, y bueno, ahí me enganché. Siempre me gustó hacer lo más rebelde, que era el rock pesado, el rock duro. Para mí la música era una forma de escaparme de esa cosa tan horrible que era la obligación de aprender algo estúpido, para después memorizarlo y repetirlo como un loro. Pero con el tiempo mis familiares vieron los diarios, las revistas y muchas veces reconocieron que se equivocaron, que me tendrían que haber apoyado más”, cuenta.

Unas semanas después del debut de Alarma en el colegio Nuestra Señora de Luján, las cosas cambiaron en la banda con el ingreso de Ricardo Moreno. Nacido en Capital Federal, pero vecino del barrio de Caseros, este individuo conocido como ‘Chofa’ aportó influencias más pesadas a los temas de Iorio, ya que era fanático de Black Sabbath y contaba con todos los discos del grupo editados en el país. Pero no fue sólo eso: Chofa también estaba bien equipado, según recuerda Iorio: “El Chofa fue un poco más protegido por su madre, que le compraba instrumentos y equipos. En esa época era muy difícil tener un equipo y una guitarra, no era algo común. La cuestión es que él tenía una guitarra Faim Les Paul y equipos Decoud, fabricados en la zona de Villa Ballester, que sonaban terriblemente bien”.

Con la llegada de Moreno el sonido del grupo tardó muy poco en endurecerse. Comenzaron ensayando los fines de semana junto a Aragoné en la segunda guitarra y Castaña en la batería, intentando tocar temas de Black Sabbath y algunos temas propios.

Quienes tuvieron la oportunidad de conocerlo describen a Moreno como un muchacho alegre pero de pocas palabras, tímido, más bien introvertido. Sobreprotegido por su madre (era hijo único, de madre soltera) hay quienes afirman que su personalidad estaba ligada directamente a la enfermedad que arrastró desde chico: el asma.

## EL PERRO CRISTIANO - Ariel Osvaldo Torres

Sin embargo, todos coinciden en afirmar sin asomo de duda que Moreno poseía muchísimo talento a la hora de tocar la guitarra eléctrica; y así, a los dieciocho, se daba bastante maña para olvidarse de sus limitaciones físicas refugiándose en la música.

Como es normal a esa edad, la inestabilidad e inexperiencia de los músicos hacen que los grupos tengan una vida más bien fugaz, o que sus integrantes vayan saltando de banda en banda hasta que los sobrevivientes (si los hay) encuentran una formación mínimamente estable en la que fraguar una decente carrera musical. Eso fue lo que le sucedió a Alarma, el primer grupo de rock de Iorio, que duró solo algunas semanas: tras la salida de Sandro Castaña fueron varios los bateristas que pasaron, entre ellos Daniel Colombres. “Daniel tocó con nosotros varias veces, porque era de nuestro barrio. Nos ayudó mucho. Él era un poco más grande que nosotros; ya era un profesional y nos enseñó cómo tocar en una banda con doble bombo y esas cosas. Me acuerdo que con él tocábamos temas de El Reloj”, subraya Iorio.

Ya en el verano de 1979, un nuevo baterista probó suerte: Pichi Correa. Con esa formación (Moreno, Aragoné, Iorio y Correa), pero esta vez con el nombre de Comunión Humana, el nuevo grupo de Ricardo Iorio realizó tres presentaciones en el partido de Tres de Febrero, en el conurbano de Buenos Aires, dos de las cuales se dieron durante los carnavales en los clubes América y El Triunfo. La tercera fue en el club Italiano Uniti, ubicado en la Avenida San Martín, en el mes de abril. En esta última ocasión, el escenario fue compartido por cuatro bandas integradas por amigos y allegados con diferentes gustos musicales. De aquel concierto hay un testimonio en *V8, Un sentimiento*, el libro de Ana Mourín: “Comunión Humana cerró el espectáculo, en el que sólo la voz tuvo reamplificación pero en el que se contó con algunas luces, aunque de las cincuenta personas que pagaron la entrada, sólo veinte presenciaron el espectáculo íntegramente”. “Era así —confirma Iorio—. Comunión Humana fue como la continuación de Alarma con otro baterista. En la música siempre traté de no quedarme llorando en el pasado o en lo que no pudo ser. Si un grupo no daba para más, entonces arrancaba con otro. ¡A la mierda! ¡A no quedarse! ¡Que no decaiga! Y creo que eso lo dije en varias letras. Con Comunión Humana íbamos a los clubes de nuestra zona y organizábamos nuestros conciertos para cuarenta o cincuenta loquitos igual que nosotros. Recuerdo que en la promoción para los shows de carnaval en Caseros se leía: ‘A todo rismo con roc’. El libro de Anita cuenta bien esa anécdota”.

—¿Cómo eran esos ensayos de *Comunión Humana*?

—Prácticamente no existían las salas en ese entonces. Actualmente hay salas de ensayo en todos lados y podés tocar con cuatro mil watts de potencia y nadie dice nada, pero en ese momento no. Teníamos problemas con los vecinos. Además, no sólo los vecinos eran un inconveniente sino también la gente que se acercaba de todos lados, porque escuchaban la música y se arrimaban. Salíamos de ensayar y teníamos un montón de locos en la puerta porque querían escuchar rock. ¡Hasta los sordos venían! Tengo un amigo llamado Diego Ricardi, que en ese tiempo llevaba a nuestros ensayos a su hermanito, que era sordo. El tipo apoyaba las manos en los parlantes y a través de las vibraciones podía sentir la música. Hasta el día de hoy hace eso; capaz que estoy dando un concierto y miro hacia un costado y puedo verlo poniendo las manos en los bafles. Eso es increíble.